

Trigésimo Primer Domingo del Tiempo Ordinario B2021

Las lecturas de este domingo hablan del amor de Dios y del amor al prójimo. Nos muestran que el amor a Dios y el amor al prójimo van de la mano. Por lo tanto, sería imposible ser fieles a Dios si somos infieles a la causa de nuestros semejantes.

En la primera lectura, Moisés le recuerda al pueblo de Israel su compromiso y deber hacia Dios. Les muestra su llamado a que teman a Dios y guarden sus mandamientos mientras él los bendecirá con una larga vida y una hermosa tierra. También muestra cómo tienen que amar a Dios con todas los órganos de su vida y tomar en serio sus mandamientos y estatutos.

Lo que este texto nos enseña es la idea de obedecer a Dios como socio exclusivo y único en su relación con su pueblo. También existe la idea de que si el pueblo de Dios permanece fiel al espíritu de la alianza, Dios lo recompensará y cubrirá todas sus necesidades espirituales y materiales.

Este texto nos ayuda a comprender el sentido del Evangelio de hoy en que Jesús responde a la pregunta del Escriba circunscribiendo el corazón de la Ley al amor de Dios y del prójimo.

En primer lugar, el Evangelio habla de un Escriba que le preguntó a Jesús cuál era el mayor de los mandamientos. Luego, da la respuesta de Jesús que resume la ley en el amor de Dios y el amor al prójimo.

Después de esto, muestra la aprobación del Escriba quien reconoció que el amor de Dios con todas los órganos de nuestro cuerpo humano y el amor al prójimo eran más importantes que todas las ofrendas que alguien puede llevar ante Dios. Finalmente, el Evangelio muestra la aprobación de Jesús, quien reconoció la justicia de la respuesta del Escriba señalando que no estaba lejos del Reino de Dios.

¿Qué aprendemos de este evangelio? Hoy quiero hablar de la precedencia del amor sobre los deberes. ¿Qué quiero decir con eso? Déjame explicar. En el evangelio de hoy, Jesús responde a la pregunta del Escriba refiriéndolo al amor de Dios y del prójimo como el mayor de los mandamientos. En reacción, el Escriba declaró que amar a Dios y amar al prójimo "vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Quiero que profundicemos estos dos lados de la ley del amor.

Cuando Jesús dice que el mayor de los mandamientos es amar a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerzas, nos está indicando que si queremos pertenecer a Dios tenemos que entregarnos a Él completa y enteramente. Nos pide que le demos a Dios la totalidad de lo que somos y que nos dejemos transformar por su amor. Quiere que nada de nosotros quede fuera del amor de Dios.

En el uso bíblico, la palabra "corazón" juega un papel importante. El corazón es el órgano central de nuestro ser de donde surgen nuestros pensamientos, recuerdos, decisiones y sentimientos más profundos. Los sentimientos que están asociados más directamente con nuestras necesidades físicas o corporales (a veces llamamos "reacciones intestinales") están asociados con otros órganos internos, no con el corazón.

Cuando Jesús habla de amar a Dios con todo nuestro corazón, quiere decir que le demos prioridad a Dios en todos nuestros pensamientos, palabras y decisiones. Quiere que nuestro corazón sea puro, es decir, tan claro que el rostro de Dios esté siempre reflejado en él. Si nuestro corazón es puro, nuestros pensamientos, decisiones y sentimientos serán buenos. Si nuestro corazón está podrido, lo que viene de nuestro corazón tendrá el hedor del pecado.

Uno de los dilemas que enfrentamos, sin embargo, es el descubrimiento de que somos seres humanos divididos, incluso en nuestras elecciones finales. La medida sencilla que podemos dar al respecto es sobre lo que nos pasa cuando vamos a las tiendas a comprar un vestido, una camisa o un traje. Nos lleva tiempo decidir en cuál de estas cosas arreglamos nuestra mente.

El Señor no quiere que lo amemos con el corazón dividido, sino completa e indivisiblemente. Dios no quiere que lo amemos como un objeto entre muchos otros, junto a las cosas de este mundo, sino como alguien a quien le damos todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo nuestro corazón, toda nuestra mente, todas nuestras fuerzas. Tenemos que fijar nuestro ser en él y entregarnos exclusivamente a él.

¿Por qué lo haremos? Tenemos que hacerlo porque estamos hechos para Dios y amarlo es volver a lo que nos hace quienes somos como hijos de Dios. Además, Dios es amor. Si es así, al amarlo simplemente regresamos a nuestro propio ser, ya que fuimos creados a su imagen.

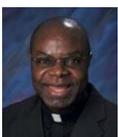
Además, no podemos amarlo sin amar a nuestro prójimo. Así como fuimos hechos para Dios, estamos hechos los unos para los otros. Por eso, no hay espiritualidad sin humanismo y no hay humanismo sin Dios. Apoyar a uno y rechazar al otro, y viceversa, es una contradicción.

Solo podemos amar a Dios y a nuestros semejantes al mismo tiempo. Es por eso que no debemos descuidar el destino de nuestros semejantes con quienes vivimos. No podemos preocuparnos por las cosas de Dios y descuidar las cosas de este mundo. Esto no es socialismo, sino el centro de la enseñanza cristiana. Es una pena que algunos politicen esta verdad.

La consecuencia de tal visión es que el cumplimiento de nuestros deberes en la sociedad y en la Iglesia debe evaluarse siempre con respecto a la ley del amor. De lo contrario, estaríamos simplemente satisfechos con lo que hacemos, incluso si no corresponde al amor de Dios y del prójimo. Tomo este punto de la sugerencia del Evangelio de que amar a Dios y al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Las ofrendas y los sacrificios son importantes, pero cumplirlos sin amor de corazón no nos ayuda. Sin examinar esta cuestión, corremos el riesgo de hacer las cosas solo porque es un requisito. Hay una diferencia entre cumplir un deber como requisito y hacerlo por amor. En ese sentido, si ofrecemos algo, lo hacemos como expresión de nuestro amor por Dios. Si damos algo por los necesitados, lo hacemos como consecuencia de nuestra preocupación por el bienestar de nuestros semejantes. ¡Que Dios nos ayude a amarlo amando a nuestros hermanos y hermanas! Pidámosle el valor de amarlo a través del amor a nuestros hermanos y hermanas. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio 6: 2-6; Hebreos 7: 23-28; Marcos 12: 28-34



Fecha de la Homilía: el 31 de Octubre, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20211031homilia

